

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: **ROBERTO ROBERT.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

¿Protesta Vd., lector, contra los crímenes cometidos por la *Commune*?

¿Declara Vd. explícita y terminantemente que los condena, rechaza y abomina?

Hable Vd., porque si no, no quiero con Vd. más tratos; no le referiré nada, le despreciaré y le hablaré de tú.

Ya ve Vd. que no soy exigente: le consiento que aplauda los crímenes del imperio, los de Thiers, todos, menos los de la *Commune*.

Si Vd. es aficionado á crímenes, me parece que con los de Bonaparte y los de la Asamblea versallesca tiene lo suficiente para un buen pasar. Ea, no sea Vd. codicioso; protésteme sólo de los crímenes de la *Commune*, y somos amigos.

¿Concedido? Venga esa mano. Es Vd. un hombre honrado. Ya tengo con quién hablar.

Pues sí, amigo mío, lector puro, ciudadano probo, varon justo; sí, ya no voy á tener secretos para Vd.

En prueba de ello, le comunico mis más secretos pensamientos. Oiga Vd. Tenemos ya unas treinta enmiendas puestas al discurso llamado de la Corona; pero no se alarme Vd.

No tema Vd. por la suerte de Ultramar, no tema Vd. por la Hacienda, porque...

Puede que Vd. lo hubiese olvidado: tenemos Hacienda y tenemos provincias en Ultramar.

¿Verdad que no lo parece?

La prueba de que tenemos Ultramar es que ya hemos suprimido lo que habíamos acordado sobre enseñanza en Manila.

¿Quiere Vd. otra prueba?

Pues la guerra en Cuba ya no toca á su término.

¿Se ha convencido Vd.?

¡Yo triunfo!

Pues, como decía, tenemos Hacienda. Vamos á pagar á las monjas de Valladolid.

Además, tenemos á los diputados de Murcia pidiendo al gobierno trabajo para los braceros de Cartagena.

Tenemos á los diputados de Pontevedra pidiendo trabajo para los operarios gallegos.

Tenemos al ayuntamiento de Cádiz ideando el modo de dar trabajo á las cigarreras.

Y «continúan las reuniones de diputados y senadores de diferentes provincias para tratar de obras públicas.»

Quiere decir esto que no se hacen obras públicas, y por consiguiente que falta trabajo en varias provincias.

Gracias á que renace la esperanza de continuar en Berga una carretera que está empezada desde...

¿Desde cuándo dirá Vd?

—Desde hace 25 años.

—¡Ah, bribon! Vd. lo sabia.

Con que trabajo no tenemos; pero Hacienda...
 Figúrese Vd. que pagamos todos los años 30.000.000; digo, treinta millones de reales para tener rey...

Y mire Vd., para que no le quepa la menor duda: tengo á la vista las cifras de un año, en que los gastos generales de Hacienda importaron cuarenta y siete millones trescientos ocho mil noventa y nueve reales.

Y en la jurisdicción de Hacienda se cometieron dos mil quinientos treinta y cinco delitos; advirtiéndome que de estos delitos, únicamente ciento sesenta y tres fueron cometidos por empleados del ramo.

Ya ve Vd. que si no tuviéramos Hacienda, no podían suceder cosas semejantes: faltaría la base; que es lo que Vd. dice.

Lo que creo que no tenemos es crisis.

Yo no lo sé; pero ya ve Vd. qué fácilmente se arregló lo de los emigrados franceses.

Martos dijo que sí, Sagasta que no; y los diarios ministeriales, que sí y que no.

Y el ministerio sigue compacto.

El lector.—Y diga Vd., ¿qué hay de riñas entre los federales?

—*El Universal* ha cambiado de director.

El lector.—Yo preguntaba cómo está la excision entre los federales.

—Se ha inaugurado la tram-vía.

El lector.—Pero Vd. no me entiende. Decía yo cómo está la riña entre los republicanos.

—En Consejo de ministros se ha tratado de apaciguar el conflicto ministerial promovido por ciertas palabras relativas á la cuestión de Ultramar, que se ingirieron en el proyecto de contestación al discurso de la Corona, por lo cual...

—¡Páre Vd. esa jaca! Por Dios. Si lo que yo pregunto es...

—¿Y no conoce Vd. que no quiero contestarle? ¡Ni que fuera Vd. memo!

De los errores ó mala inteligencia entre los republicanos, cuando los haya, le hablarán á Vd. mis adversarios.

Gil Blas, no. Ni ahora, ni nunca. ¿Está Vd. enterado?

—¡Ah! ¿Con que Vd. no quiere hablar de?...

—NO.

Y ahora, ni de esto, ni de nada más. Así aprenderá usted.

Roberto Robert.

¡OH! ¡AH!

¡Vamos, que buen chasco se habrán llevado los que creían que el Congreso de diputados se componía de hombres cuyo único objeto era arreglar el país, organizar la Hacienda y defender la Constitución, sin más sentimientos ni más afecciones que las necesarias para ser hombres de ley é inflexibles, invariables, impasibles ante el verdadero sentimentalismo! ¡Buen chasco ha sido!

Pero ¡oh fortuna! un número de votos, no sé cuántos, ha salido á la defensa de los sentimientos de esos señores diputados, haciendo constar por una gran mayoría que el Congreso no es insensible á los dolores de la humanidad, que *el Congreso* se ha estremecido de horror al saber las tropelías hechas por unos cuantos cobardes, muertos ó fusilados á estas fechas en las calles de París.

Respiremos ¡oh españoles! nuestro Congreso siente y padece; ¿qué más queréis?

Vosotros, hambrientos maestros de escuela, estrujados contribuyentes, atropellados ciudadanos, periodistas presos, emigrados políticos, todos, en fin, los que sufrís, recibid la noticia satisfactoria de que en el Congreso de diputados, desde el carlista más inquisitorial, hasta el republicano más demagogo de cara, todos, todos se han estremecido de horror al saber...

Todos no. Hay en el Congreso veinticinco hombres, mejor diré, veinticinco hienas con corazón de bronce, alma de hielo, entrañas de acero y sentimientos feroces, que no se han estremecido, que no han tenido horror, que han sabido con impasibilidad que un puñado de gente de todas clases, ricos, proletarios, ignorantes, extranjeros, sábios, artistas, mujeres y niños se han batido con desesperación, han formado montones de cadáveres, han arruinado á unos cuantos negociadores del empréstito mejicano, y los que han sobrevivido de esta lucha han muerto atravesados por las balas del orden y el puñal sagrado de la monarquía, gritando cual fúrias: ¡Viva la humanidad! ¡Viva la república! ¡Abajo las tiranías!

Leed los periódicos, consultad las sesiones de Cortes y grabad en vuestra memoria los nombres de esas veinticinco fieras del Congreso español. Sabed que esos veinticinco hombres son federales y que están decididos á plantear la república, á pesar de la Partida de la Porra, á pesar de Fornos, su importante enemigo, á pesar de los pesares. Conocedlos y odiadlos.

Tocante á los demás, ¡ah! Cuando sepais que al abrirse una sesión solo suele haber veinticinco hombres sensibles en el salón del Congreso; cuando oigais decir que los presupuestos se plantearán por autorización y sin discutirlos; cuando sepais que se viola el domicilio; cuando os digan que no se sabe nada del asesinato de Prim, ni del de Azcárraga, ni de los atropellos del teatro de Calderon, ni de los salvajes asaltos á las redacciones, ni del apaleamiento de ciudadanos; cuando oigais hablar de que jueces como el de Castuera, gobernadores como el de Barcelona y ministros como el de la Gobernación siguen siendo caciques de un pueblo que se cree libre; cuando todo esto oigais y sepais que vuestros diputados despre-

cian esas pequeñeces, recordad que esos diputados se han estremecido de horror un día, y

alzadles un altar en vuestro pecho...

¿A qué viene un diputado al Congreso? ¿Viene á mezclarse en esas pequeñas cuestiones de arbitrariedad, de violaciones de ley y de desarreglo administrativo? ¡Ah! ¡no! Róbese por ahí, asesínese por allá, atropéllese por todas partes, y pídale entonces silencio, frialdad é indiferencia al Congreso; esto puede concederse.

Pero ante un drama de Bouchardy, ante una correspondencia de *El Debate* y ante un telegrama de Thiers, ¿qué hombre medianamente monárquico no vota que se ha estremecido y corre después á Fornos á ahogar en un mar de Champagne la alegría con que supo el triunfo del orden?

CORZUELO.

!!!HOSSANNA!!!

Apagáronse los incendios, cesó el desorden y se disipó el humo. Dios sea loado: los habitantes de París pueden ya respirar tranquilos.

¡Cuán diferente la conducta del gobierno constituido!

¡Cómo el contraste radical y profundo entre unos y otros procederes hace que hoy resalten más los horrores y las devastaciones de la *Commune*!

A la agitación ha seguido la calma, y la tranquilidad sucede á la zozobra: en el salon de descanso del teatro del Chatelet, ante el cual son conducidos los insurrectos y muchos que no lo son, después del juicio el presidente los hace pasar por la izquierda ó por la derecha: estos últimos van á Versalles; los primeros son fusilados inmediatamente.

Compárese este procedimiento sensato, frio, ordenado y prudente con los excesos de la *Commune*.

Decididamente para hacer ciertas cosas es necesario saber hacerlas.

¿Y qué podré decir del acto heroicamente conservador de haber fusilado á cuatrocientos hombres indefensos que se ocultaban en San Sulpicio?

Algo semejante podrá haberse ocurrido á los rojos; pero estoy seguro de que habrán olvidado muchos pormenores interesantes.

Y qué admirable organizacion la de los gobiernos de orden: aun no bien dueños de la poblacion los vencedores, han establecido muchos consejos de guerra, que actúan simultáneamente, que juzgan verbalmente y condenan sin apelacion: y para que nada falte á lo conmovedor y dramático de aquel cuadro de paz, de orden y de respeto á la propiedad, se habla con insistencia de varias equivocaciones originadas en la precipitacion del sumario.

Y es que los pícaros rojos, los desalmados individuos de la *Commune*, gente por lo comun ordinaria y sin instruccion ni instinto artístico, sentian la necesidad imperiosa de destruir y destruirse en efecto, pero sin obedecer á planes combinados, sin sujecion á reglas y sin esa delicadeza de ejecucion que por sí sola constituye el mayor atractivo de tales acontecimientos. ¿Cuándo ni cómo se les hubiese ocurrido á los rojos descripcion más peética, ni con más colorido que esta?

«La lluvia caía á torrentes, y un relámpago fosforescente iluminaba cada cinco minutos el espacio. Allí, apiñados cual carneros, con el lodo al tobillo, 12.000 prisioneros de todos sexos revueltos en compacta masa, tan compacta, que apenas podian sentarse sobre el suelo cenagoso. Este rebaño humano, sin gorras, ni zapatos, ni abrigo que les protegiese. Un círculo de ametralladoras á su alrededor, círculo infernal que ya por dos veces, ante otras tantas intentonas de motin, ha hecho fuego sobre los presos, causando múltiples víctimas. Allí, en un extremo del campo, un consejo de guerra permanente, y cuyo Código no tiene más que una pena: ¡la muerte!»

Verdad es que esto es ya lo sublime del arte y no es dado á todos llegar á este límite. ¡Y pensar que los pícaros rojos con menos motivo se han hecho célebres en toda Europa!

Yo espero, ¿qué digo esperar? estoy seguro de que los diputados de la mayoría, que tan enérgicamente condenaron los crímenes—no averiguados—de la *Commune*, ó de quien fueren, aplaudirán con toda su

fuerza progresista las medidas salvadoras y artísticas con que el gobierno de Versalles contesta dignamente á los desmanes de los rojos.

No, no tardará algun diputado de la mayoría en presentar la proposicion, visto que cada día se reciben nuevas y más circunstanciadas reseñas. Hoy se habla de quinientos insurrectos pasados á cuchillo, mañana de muchas mujeres fusiladas. Felicitacion tanto más motivada es la que yo anuncio, cuanto menos fácil es que los hechos resulten despues inexactos.

Cuando de la *Commune* se trataba, las noticias llegaban á nosotros por conducto del gobierno, y muchas veces hubo precision de rectificarlas; ¿y cuántas habrá que se rectificarian si los perseguidos pudiesen hacerse oír?

Ya hay orden en París.

Ya hay paz.

Ya hay tranquilidad.

Hasta se asegura que las tropas de Mac-Mahon, al asaltar las barricadas, gritaban: «¡Viva el emperador!»

Señores de la mayoría, habeis protestado contra los crímenes—que no conociais—de la *Commune*; sed lógicos; celebrad ahora las venganzas brutales—que conocemos todos—del poder constituido.

Y no será malo que vayais tambien preparando la proposicion de plácemes al héroe de Sedan.

A. Sanchez Perez.

ESE DIA...

¡Oh día feliz, día feliz!

Hablo del día del juicio, y lo llamo del juicio porque no sé llamarle de otro modo.

Me refiero al día en que seamos los españoles unos hombrécitos y no necesitemos del cuidado, apoyo y direccion de los gobiernos, nuestros magnánimos y desinteresados tutores. ¡Oh, ese día!...

Porque ahora ya nos vamos todos poniendo de acuerdo en que ha de venir el día de la verdadera libertad y de la verdadera democracia, y ese día está ya anunciado por los profetas de la política española, y se le destina la hoja núm. X del libro de la historia, en blanco hasta esa fecha.

La verdad es que para nosotros, los que ya predicamos y abrazamos y reverenciamos la doctrina del derecho y de la justicia, la ley de la democracia y el credo de la libertad, siempre es un consuelo saber que existe un día en la historia futura en que dejaremos de ser miserables demagogos, infames asesinos, bárbaros trastornadores del orden y de la propiedad, etc., etc.

Y que ese día ha de venir, lo anuncian, como digo, hasta los muezines de la calle de Carretas.

Yo lo he oído mil veces; Vds. lo habrán oído en discursos y leído en preámbulos y sueltos periodísticos otras mil veces más.

«El día en que el pueblo esté instruido; el día en que se practiquen los derechos; el día en que se respete la ley; el día en que las autoridades sean justas y dignas... ese día seré yo tambien republicano. Hoy por hoy, solo lo soy en el fondo.»

¿Qué progresista no dice esto una vez al año, si quiera en el momento en que su destino se bambolea?

Por eso digo yo: ¡oh día feliz aquel en que la república sea la verdad y el orden y la justicia! ¡Cuántas angustias en la víspera que aun seremos miserables y salvajes! ¡Qué placer en la madrugada de ese día cuando amanezcamos hechos unos ciudadanos honradotes, buenos y justos!

Entre tanto, fuerza es conformarse con estas leyes violadas, y estas autoridades despóticas, y estos tribunales injustos, y estas persecuciones ilegales, y estos ministros derrochadores, y venenosos, y arbitrarios... Conformémonos.

Conformémonos, y puestos los ojos en Sagasta y el pensamiento en ese día pronosticado, alimentémosnos con la esperanza de que vendrá una noche y darán las doce menos cuarto y seremos unos pillos; pero diez y seis minutos más tarde... ¡Oh! ¡Cuánta felicidad!

«Ese día en que el pueblo esté instruido...»

Los que dicen esto tienen razon. Ahora estamos en esto de la instruccion bastante mal, y por eso se afa-

nan nuestros gobernantes en darnos la ilustracion en forma homeopática.

La verdad es que si el día de la democracia está marcado en el libro del tiempo, los profetas que saben todo esto conocerán lo que ha de tardar en llegar, y por lo tanto en qué dosis han de irnos suministrando la instruccion.

Por otra parte, llegado el día seremos á todo trance republicanos buenos, y tanto dará que nos hayamos ó no instruido. Si no hemos aprendido lo suficiente, lo aprenderemos en un periquete, que eso poco cuesta.

Digo yo que nos exigirán poca cosa; leer, para que comprendamos la Constitucion; escribir; algo de cuentas, para desempeñar mejor que hoy el ministerio de Hacienda; algo de gramática, para que siquiera sepamos entonces redactar leyes; un poco de conciencia para aplicarlas; un poco de educacion para hablar en el Congreso... en fin, lo que ya hoy en día sabemos cualquier republicano.

Aprendan, pues, los monárquicos esas cosas; aficiónense al trabajo, á la laboriosidad y á la moral; cobren horror á los bienes ajenos; destierren su afición á los fusilamientos y á las tropelías, y entonces habrá llegado el día... ¡Oh día feliz!

Hasta ese día me conformo con ser un bribon, un hombre odioso; en cambio cuando el día de la resurreccion llegue...

Pero ¡justos y divinos cielos! ¿Cuándo llegará ese día? ¿Cuándo aprenderán los monárquicos á ser justos, honrados y laboriosos?

¡Ah, perdí la esperanza! *Lasciate, etc.*

LAMELA.

CADA MAESTRILLO...

Ya de la faz de la tierra la *Commune* y el desorden se fueron; la impía guerra dejó el puesto, y solo el orden dentro de París se encierra.

Cesan ya las emociones que por hechos tan horribles turbaron los corazones; y si aun las almas sensibles oyen tronar los cañones, es sola y sencillamente, que ahorrando procedimientos á una vindicta impaciente, matan malvados á cientos y alguno que otro inocente.

Fuera un escrúpulo vano pararse en esto, ó malicia: ¿no es falible el juicio humano? Tire al monton la justicia y cortará por lo sano.

Más que ir de lo justo en pos, vale este consuelo tierno: ¿cae un inocente, dos?

Pues bien; van á ver á Dios mientras va el malo al infierno.

Yo admiro de Thiers la ciencia, la profundidad y el tacto, no oponiendo resistencia á que de *justicia* este acto se hiciera tan... á conciencia.

Para ello tendrá mejores sus razones, que otro alguno que niegue que estos horrores sean el medio oportuno de dar fin á los rencores.

MICALÉ.

COURBET.

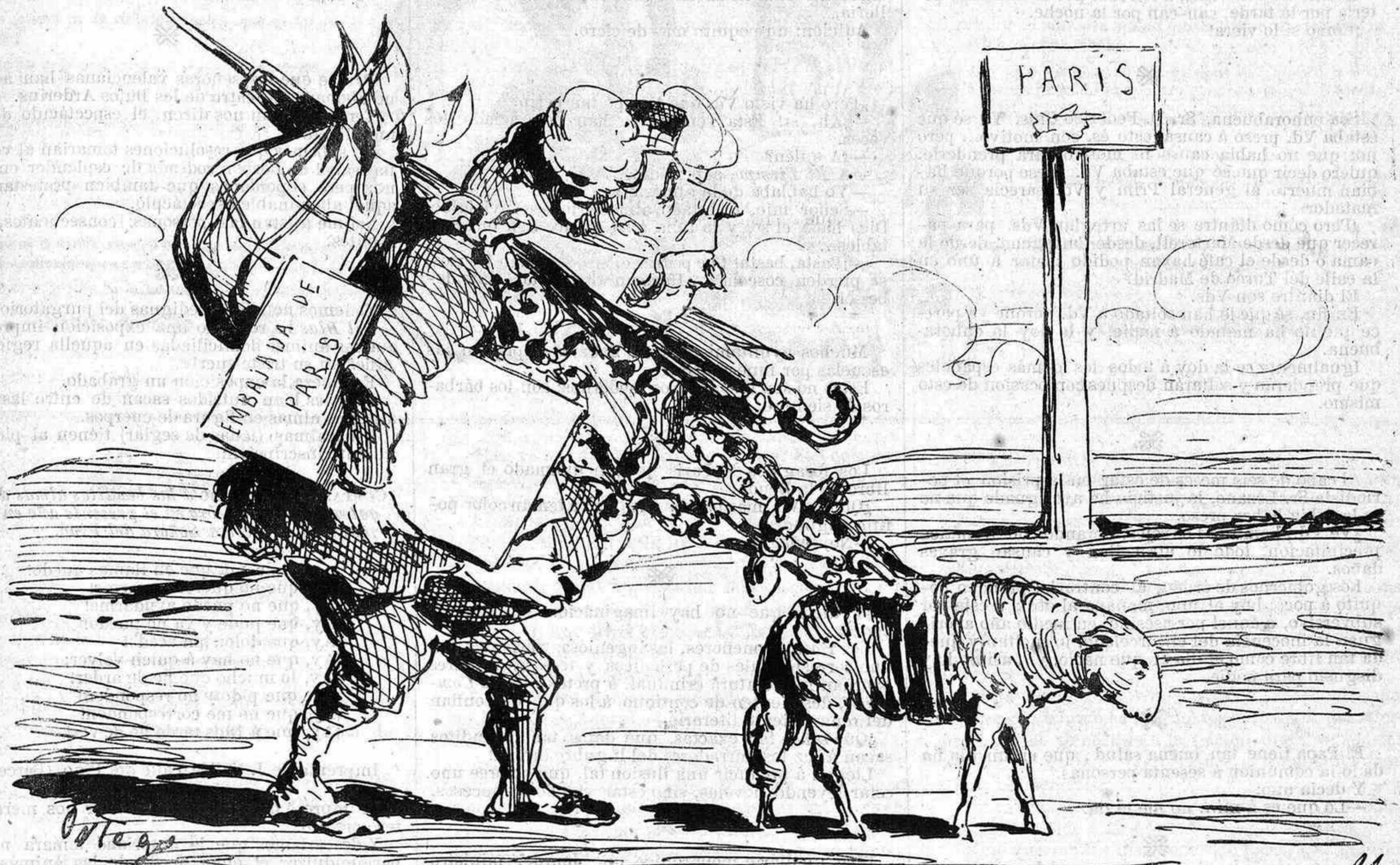
¡Courbet ha muerto! Ha muerto prisionero, como rebelde á Thiers, como defensor de la *Commune*.

Hace ocho días aun respiraba; aun era objeto de insultos procaces; aun el corresponsal de *El Debate* decia al público que Courbet era un mal pintor, un grosero, un salvaje, un artista bohemio, y le denunciaba al desprecio de las señoritas y á la abominacion de los rufianes con uso de uniforme.

Veinte años habia luchado Courbet contra el arte servil, inconsciente y falso, y al cabo de veinte años de pelear solo, habia triunfado.

Vió una comitiva de clérigos estúpidos y beodos, y la pintó.

Vió un infeliz picapedrero quemado por los ardores del sol, envarado de frio, consumido á fuerza de privaciones, y lo pintó.



El sueño dorado de D. Salustiano... por supuesto, solo por el bien del país.

*D. Salustiano Alaraga,
Camino de París, va;
¡Es por el bien del País!
No
Es por el millon y pico,
Que firma en la nomina*

Vió unas bellas adolescentes, ociosas, imaginadas, delicadas de miembros, envueltas en sedas, y las pintó.

La Francia moral, la Francia de los Guizot y los Bonaparte, aquella Francia en donde Saint-Arnaud y Magnan, y Espinasse y Morny eran ciudadanos probos, le cerró la puerta de sus exposiciones artísticas.

Y el emperador, para protestar contra la inmoralidad de Courbet, compró en la exposicion de pintores honestos un cuadro de Leda cabalgando hombrunamente sobre Júpiter en forma de cisne y ostentando en la mano la alegórica bellota.

Courbet se abrió una exposicion para él solo. Los curiosos y extravagantes la visitaron y la meditaron.

Despues, á aquel pintor sin conciencia, sin sentimiento de lo bello, rudo, áspero, insolente con los clérigos ébrios y compasivo con los picapedreros iletrados y haraposos; á aquel pintor, digo, arrojado de los círculos decentes, Luis Bonaparte le envió una cruz de honor.

Courbet se la devolvió, diciendo: «Ya sé que los carneros marcados con una cruz son los vendidos, pero no sé que sean los buenos.»

Y se quedó fuera del vulgo condecorado. Se sublevó con la Commune, y despues de confiscar los bienes de Thiers, y al tratarse del destino que debia darse á las joyas artísticas de este, el bárbaro Courbet dijo:

—Compañeros: esos bronceos son objetos artísticos preciosos; son la historia de la humanidad; debemos conservarlos cuidadosamente para Francia y custodiarlos en un museo.

Y los bárbaros compañeros suyos le aplaudieron. Este era Courbet, á quien el culto y entendido corresponsal de *El Debate* ha llamado ignorante, grosero y bohemio.

Comparadle con Thiers, obligado á callar cuando sus biógrafos le recuerdan que para corresponder á una broma de amigos, colocó dos luces en una ventana, y asomó entre ellas aquella parte de su cuerpo tan innoble como su cara.

Courbet ha muerto prisionero del ilustre jefe del orleanismo paciente y discreto.

Courbet ha muerto, y los pintores de Venus callejeras, y de príncipes imperiales, y los artistas de librea viven como hombres dignos.

¡Pedro Ponce allí murió!
Imitemos á Carranza.

GIL BLAS.

ESTA MUY BIEN.

El Papa ha hablado. *Locutus est ore*, y parece imposible que siendo tan larga su encíclica y tratando tantos puntos, tenga razon en todo.

¡Es que la tiene!
¿A qué vienen los cleriguillos indoctos á decirnos que hoy dia no hay fé religiosa?

Pues Pio IX dice que hoy superabunda la gracia de la fé, de la caridad y de la confesion.

Yo ya lo sospechaba; pero no me atrevia á decirlo: ahora que el Papa lo afirma, yo tambien.

Ya ven Vds. si la tendrá.
Victor Manuel es tan inviolable como su hijo, y consiente que el Papa diga de él que ha hecho uso de maquinaciones y de armas parricidas para usurparle el principado civil.

Si no tuviera razon, ni lo diria, ni se lo consentiria el rey de Italia.

Y luego, cuando no quiere aceptar los derechos diminutos y desfigurados que el gobierno de Italia quiere echarle encima por fuerza, lo hace porque asegura que de otro modo Jesús se enojaria.

Y es lo que uno dice: cuando el Papa, vestido de púrpura y seda y exornado con el aparato de piedras

preciosas que su argumento requiere, manda ahorcar ó séase guillotinar á un par de seres extraviados, Jesús no lo lleva á mal; pero padeceria un grande enfado si Pio IX aceptase derechos diminutos. ¡Oh, nada de diminutos! Tranquilícese Jesús, esto no sucederá.

El dinero de San Pedro puede aceptarse por diminuto que sea; ¿pero los derechos? Jamás.

Tiene razon.
Y la vuelve á tener cuando encarga á los fieles que clamen al Señor para que se digne apresurar los dias de su propiciacion.

Es claro: ahora vienen los dias más largos del año: si los fieles no claman, la propiciacion va á tardar mucho.

Si claman, ya será otra cosa.
«¿Creeis (pregunta el Papa) que Dios podrá apartar el oido de su carísima Esposa cuando esta clame á él contra los que la angustiaron?»

¡Qué hemos de creer! Aunque nos lo dijeran frailes descalzos.

No, señor, no apartará, antes acercará, y me atrevo á vaticinar que le dirá:

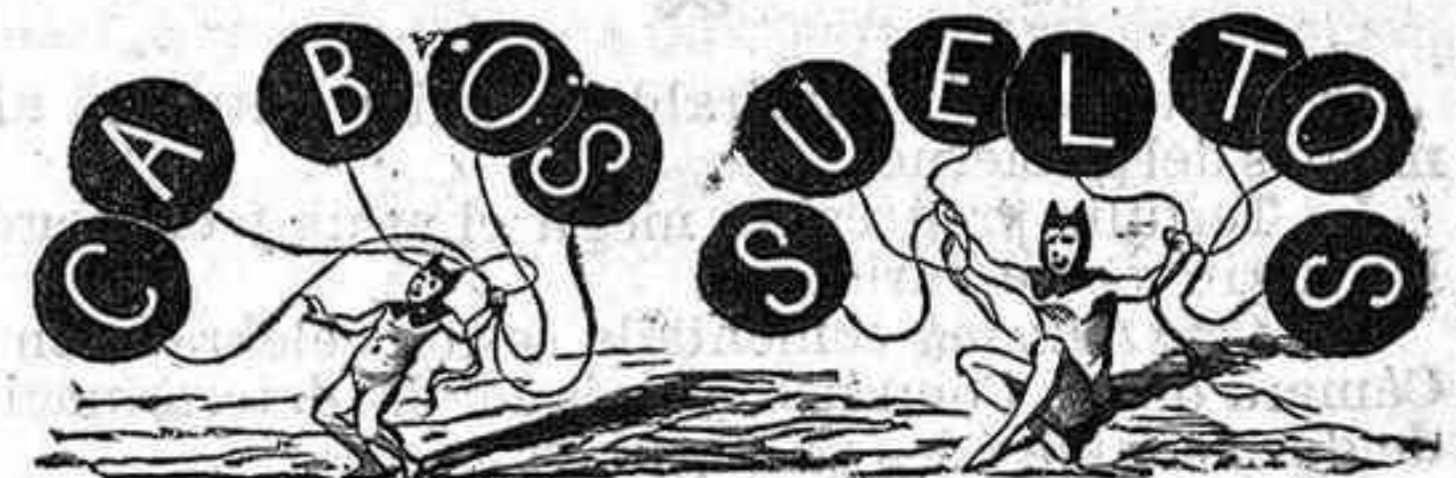
—No llores, esposita mia; cobra y mata sin cuidado, que aquí estoy yo.

¡Oh, sí! ¡Tiene razon Pio IX, tiene razon!...

Pero creo que ya he dicho veinte veces que la tiene.

No importa: tiene razon.

LEONCIO.



Dicen que D. Amadeo costeará la procesion del Córpus.

Pero remalhaya quien...
¡Tate! ¡Que es inviolable!



Leo en un diario:
«El 28 ya estaban llenos de gente los cafés de París.»

¿Llenos los cafés? La moralidad renace.
Dentro de ocho días, *Te Deum* por la mañana, lotería por la tarde, can-can por la noche.
¡Como si lo viera!



Sea enhorabuena, Sr. D. Federico Onís. Ya sé que estaba Vd. preso á causa, esto es, con motivo... pero no; que no habia causa ni motivo para prenderle: quiero decir que sé que estaba Vd. preso porque habian muerto al general Prim y Vd. parecia ser su matador.

¿Pero cómo diantre se las arreglan Vds. para parecer que desde Martorell, desde Cartagena, desde la cama ó desde el café hayan podido matar á uno en la calle del Turco de Madrid?

El diantre son Vds.
En fin, sé que le han soltado á Vd. porque ya parece que no ha matado á nadie, y le doy la enhorabuena.

Igualmente se la doy á todos los demás españoles que prenderán y soltarán despues con ocasion de esto mismo.



Al cabo de seis meses de estar en la prision el periodista Sr. Lozano, la justicia ha averiguado que no se le debia haber preso.

¿Ve Vd., hombre? Los rojos, obrando con frenética precipitacion, todo lo atropellan y causan graves daños.

Los gobiernos de orden, al contrario: prenden poquito á poco; hoy al uno, mañana al otro; á este por subversivo, á aquel por asesino: en medio año averiguan la inocencia del encarcelado, lo sueltan y queda tan libre como el día en que nació, y... así no hay disgusto para nadie.



El Papa tiene tan buena salud, que en un día ha dado la comunión á sesenta personas.

Y decia uno:
—Lo que es á mí... no me la da.



Mire Vd. si eran brutos los insurrectos de París, que quisieron prender fuego al Instituto y no lo consiguieron.

Supieron incendiar una columna de piedra y hierro, ¡y el Instituto no!

¡Pero no ve Vd. qué torpes!



Va á llamar la atencion una *Mujer* pública, y dicen que tendrá muchos admiradores.

Me explicaré, hombre, me explicaré.
Una compatriota nuestra va á dar al público *La Mujer*, que será un periódico de instruccion para el bello sexo.

¿Entiende Vd. ahora?

No, y lo que es el bello sexo necesita de un buen periódico que le haga olvidar las atrocidades y sandeces que lee en los artículos de modas.

Son un atropello premeditado, con perdurable contumacia, contra el idioma, el buen sentido, el lenguaje, la buena fé de las lectoras y el bolsillo del público.

Cuidado con desmentirme. ¡¡Tengo pruebas!!!



¿Se va á pagar á las monjas de Valladolid!
La moral, el arte, la industria, la ciencia, las madres de familia están de enhorabuena.

¡Oh, qué de confituras diviso en lontananza!



Hace notar un periódico que la mayor parte de los electores de Valencia se han retraido.

Es que no todos los días está uno de humor para que le asesinen.



Cada vez es más admirable la union entre los elementos del gobierno.

La Tertulia progresista niega el agua y el fuego á los fugitivos de París.

La Constitucion comenta la sesion celebrada en la Cámara de los Comunes, y aplaude la determinacion de dar acogida á los perseguidos.

Compadezco á Sagasta: acabarán por matarle á fuerza de disgustos, y entonces, ¡ay de nosotros y del país!



La Academia de Ciencias morales y políticas ha nombrado una comision para que estudie la cuestion social.

Si yo fuese de la comision, propondria el remedio siguiente: más infantería, más caballería, más artillería.

Adicion: un poquito más de clero.



¿Pero ha visto Vd. qué tiempo tan perro?
—¡Ah, sí! Esta semana le han denunciado dos veces.

—¿A quién?
—A *El Tiempo*, al periódico.
—Yo hablaba de la atmósfera.
—Señor mio, el estado atmosférico es inviolable. Dios hace el sol y la luna á su gusto. Sus inescrutables...

—¡Basta, basta! Cae pedrisco, se desbordan los rios, se pierden cosechas... Hace un tiempo tal como debe ser.



Muchos ayuntamientos de Badajoz suprimen las escuelas por innecesarias.

Estos no son los bárbaros modernos: son los bárbaros de siempre.



Los foragidos de París no han quemado el gran libro de la Deuda.

¿Quiere Vd. más pruebas de que no tenían color político alguno?

—No, señor.



¡Y dicen que no hay imaginacion en nuestra época!

Los ricos pormenores, las ingeniosas variantes con que corresponsales de periódicos y testigos oculares exornan la literatura criminal, á pretexto de la *Commune*, desmienten de continuo á los que desconfian del renacimiento literario.

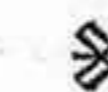
¿Qué señas tan exactas, qué datos tan recónditos sacan á luz los narradores del lúgubre drama!

Llegan á producir una ilusion tal, que no cree uno estar leyendo novelas, sino estar viendo los sucesos.



Dice un diario monárquico que Jourde, ministro de Hacienda de la *Commune*, fué preso empuñando todavía el fusil.

Debia añadir que tenia los bolsillos atestados de billetes de Banco. Esto seria de grande efecto, sobre todo entre las personas piadosas.



Los insurrectos de París, dice un diario, han violado las tumbas del cementerio del Sagrado Corazon, donde se hallaban enterrados algunos aristócratas de aquellos que cuando podian desorejaban y ahorcaban á la plebe.

Me acuerdo de cuando los migueletes monárquico-constitucionales violaron las tumbas de Poblet y arastraron los esqueletos de los reyes.



En cuanto á desertores del ejército, sólo en el mes de mayo ha capturado 33 la Guardia civil.

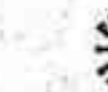
Si fuesen desertores armados por la *Commune*, la prensa amadeista les habria dedicado treinta y tres improperios en treinta y tres artículos.



¿Qué me cuenta Vd.?
¿Con que es cierto que á la diputacion provincial de Madrid se le presentó una denuncia contra las hermanas de la Caridad sobre el robo del pendon del Hospicio?

Pues, hombre, le vaticino á Vd. que se practicarán eternamente las más activas diligencias para descubrir á los culpables.

En cuanto al resultado, no me atrevo á predecir ni pizca.



Hombre... ¡qué casualidad!
Los insurrectos de París estaban decididos á incendiar un hospital.

Le prendieron fuego; pero felizmente pudieron apagarlo en seguida unos que sin duda no serian insurrectos.

Lo dice *Le Gaulois*, periódico de orden.



Dice el *Gaulois* que en París han peleado 140.000 insurrectos.

No puede ser. ¡Si eran cuatro foragidos!
Lean los documentos oficiales de Versalles, y se convencerán.



Para la estatua ecuestre del famosísimo D. Práxedes, nos remite 25 milésimas de escudo D. Enrique Vidal, de Valencia, admirador de las virtudes del finado; es decir, del que fué liberal.
Se dará á las 25 milésimas el destino merecido.



Parece que las señoras valencianas han acordado no abonarse al teatro de los Bufos Arderius.
Temen, segun nos dicen, el espectáculo de la inmoralidad.

No sabemos qué resoluciones tomarian al ver á doña Isabel de Borbon rodeada de esplendor en el trono; pero suponemos que tambien protestarian de aquel abominable espectáculo.

Así me gustan las personas: consecuentes, consecuentes.



Tenemos noticias fidedignas del purgatorio.
Gil Blas ha recibido una exposicion impresa, en que las ánimas domiciliadas en aquella region manifiestan su triste suerte.

Encabeza la exposicion un grabado.
Angeles bien nutridos sacan de entre las llamas algunas almas en figura de cuerpos.

Estas almas (todas de seglar) tienen al pié la siguiente inscripcion:

«COMPASIVO NOVENARIO á las benditas almas del purgatorio, que se celebra en el presente año en la parroquia de Nuestra Señora del Pino.

»¡Ay de mí, que en llamas quedo!
¡Ay, que no quereis sacarme!
¡Ay, que no puedo ayudarme!
¡Ay, que pude y ya no puedo!
¡Ay, qué dolor tan acedo!
¡Ay, que no hay á quien volver;
¡Ay, lo mucho que he de arder!
¡Ay, que pido y no responden!
¡Ay, que no me corresponden!
¡Ay, que á Dios tarde he de ver!

Imprenta de J. Vallés, calle del Pino. (Barcelona.)»

El impreso que acabamos de citar nos merece entero crédito.

Y deseariamos que la autoridad tomara medidas para endulzar el dolor acedo de las ánimas exponentes.

La descortesía que se usa con ellas no respondiéndoles ni correspondiéndoles; la dureza con que se procede con ellas no sacándolas de las llamas, merecen fijar la atencion del gobierno.

Tal vez sean almas de orden, que en unas elecciones puedan prestar servicios á la causa de la propiedad y la familia.

Si mientras se forma el oportuno expediente para mejorar su condicion se las condecorase, creemos que la parte sensata del país lo aplaudiria.

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPañIA ESPAÑOLA
GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPañIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA.
Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.
La fábrica puede visitarse libremente.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se han publicado cuatro repartos que contienen:
Introduccion.
El dinero de la Iglesia.
La Honestidad.
Los Cruzados.
El Pillaje.
La Brujería.
Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías.
Remítanse DOCE REALES, importe de la obra.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.